
La cerámica popular

LENA SJÖMAN



Un resumen

El trabajo de la cerámica -la transformación de la arcilla en objetos útiles o bellos para el hombre- es milenario. Surge con las primeras sociedades agrarias. Es clara la relación entre la tierra, los alimentos, los objetos de barro y el mismo hombre quien cosecha los frutos de la tierra, los prepara y come en recipientes de barro cocido y vuelve a la tierra a su muerte - muchas veces enterrado en una vasija de barro.

El diálogo entre el hombre y el barro es privilegio de quien lo sabe formar - la alfarera o el alfarero. Qué es lo que va a formar, entre las innumerables posibilidades que brinda la moldeable arcilla, le dice no sólo su propia creatividad sino las necesidades y los gustos de la sociedad en la que vive y trabaja.

Porque la cerámica no podemos comprenderla si la miramos como

meros objetos, fuera de su contexto. Su formas, diseños decorativos, las técnicas utilizadas para fabricarla, quién la produce, para qué y para quién, todo esto refleja las circunstancias históricas, económicas y socio-culturales de la sociedad que la produce. Cuando cambia la sociedad, cambia el papel y el trabajo del alfarero y así cambia la cerámica.

Por esta razón y por su resistencia al paso del tiempo, los restos de cerámica constituyen una importante ayuda para el arqueólogo en su intento de interpretar las sociedades antiguas. La cerámica proporciona una pista para llegar al pasado y, por último, a la persona que la fabricó, su trabajo diario, para imaginarnos su preocupaciones, sus sueños y aspiraciones.

En el caso de la cerámica popular actual, el saber algo sobre todo esto es más fácil, ya que llegan a nosotros directamente los testimonios de las mujeres y los hombres que hoy

producen objetos de cerámica en forma artesanal. Sólo necesitamos conocerles y escucharles. Sus historias cuentan, las más de las veces, de arduo trabajo, de una continua lucha por sobrevivir a base de su artesanía.

Porque lo que llamamos cerámica popular - la que fabrica el artesano manualmente y muchas veces con técnicas rudimentarias - enfrenta graves problemas en la sociedad industrializada. Sería erróneo, sin embargo, afirmar que ésta es una artesanía en extinción, ya que existe, una significativa demanda por ella. Como toda artesanía, debe enfrentarse y adaptarse a los cambios que tienen lugar en la sociedad. Actual-



Llegando a la casa con arena

mente, el mundo en el que también el artesano se desenvuelve, exige mayores ingresos en efectivo, crea necesidades de consumo. El alfarero, a la vez productor de un bien económico y portador de una tradición cultural y estética, debe buscar nuevos caminos para sobrevivir como artesano.

La alfarería experimenta cambios para satisfacer a nuevos consumidores, como son las poblaciones urbanas y el mercado turístico. Incorpora formas y diseños nuevos para corresponder a demandas y gustos nuevos. La misma cerámica utilitaria es sacada del contexto socio-cultural en el que tenía funciones prácticas, para pasar a ser objeto suntuario o exótico en otro tipo de ambientes.

Podemos lamentar cuando el contenido cultural y estético se ve relegado a un segundo plano en la lucha del alfarero por sobrevivir económicamente. Sin embargo, debemos ser realistas. Entre salvar la artesanía o salvar al artesano, no hay alternativa real. Si no sobrevive el artesano, tampoco lo hace la artesanía, a no ser como muertas piezas de museo.

Lo que llamamos tradición es, al contrario, algo vivo. Se enriquece día a día con las experiencias y la creatividad acumulada de los artesanos como seres que actúan dentro de la sociedad en la que viven, en condiciones y circunstancias determinadas.

Actualmente, es bien conocido que la cerámica, en lo que hoy es el Ecuador, tiene profundas raíces históricas. En la cerámica de la sociedad agraria de Valdivia se ha encontrado la manifestación más antigua del continente americano de esta artesanía, con inicios alrededor de 3.500 años antes de Cristo.

A pesar de que falta mucho todavía en cuanto a investigaciones arqueológicas, se puede afirmar que cada grupo humano en tiempos prehispánicos tenía sus propias formas cerámicas, así como sus técnicas de fabricación. En el proceso de la conquista por parte de los incas, se produjeron, naturalmente, diversos tipos de "mestizaje" entre la cerámica autóctona y la inca, en cuanto a formas, diseños y tecnologías.

Con la invasión española, se produjo un cambio mucho más brusco

que afectó a toda la sociedad andina. La cerámica también cambió. Se terminó la producción, antes tan importante, de cerámica ceremonial, prohibidas las religiones autóctonas por los españoles. Se introdujo, en algunos lugares, como Chordeleg y Cuenca, las técnicas mediterráneas del torno y el vidriado con barniz de plomo para la producción de cerámica de acuerdo a los gustos y necesidades de la cocina española.

Paralelamente, se siguió fabricando la cerámica autóctona, destinada, más bien, a los consumidores rurales y a las clases bajas de la ciudad.

Por estas circunstancias históricas, la cerámica popular actual en el Ecuador, se puede dividir, de manera general, en dos grupos. El primero lo forman los alfareros que producen una cerámica utilitaria, con formas, las más de las veces, de origen prehispánico y con tecnologías que también son una herencia de las que se utilizaban antes de la llegada de los españoles. Las herramientas son pocas y sencillas, el proceso de fabricación totalmente manual, se utilizan engobes para la simple decoración y se quema la cerámica al aire libre.

En la mayoría de los casos, las mujeres son las ceramistas, combinando este trabajo con la agricultura y los quehaceres domésticos. Esta cerámica es, normalmente, sobre todo rural, y en muchas regiones del país ya quedan pocos ceramistas que trabajan con las antiguas técnicas.

En el segundo grupo encontramos los alfareros que utilizan las técnicas introducidas por los españoles: El torno y el vidriado a base de óxido de plomo, decoraciones pintada con óxidos, más comúnmente el óxido de cobre (verde). Se utiliza también un horno para leña, de adobe o ladrillo, para quemar la cerámica. En este grupo, el alfarero es el hombre, aunque le ayudan su esposa



"Sacando la barriga" de la olla

e hijos. Los alfareros trabajan a tiempo completo y sus talleres forman pequeñas empresas familiares que producen, muchas veces, grandes cantidades de cerámica para responder a la demanda del mercado. No sólo se fabrica cerámica utilitaria, de formas de herencia hispano-árabe con posibles influencias también prehispanas, sino grandes volúmenes de macetas y además, vajillas, adornos y figuras, destinada esta producción a los mercados urbano y turístico.

Se puede decir, de manera general, que el primer grupo de ceramistas se ha visto desplazado por el segundo, cuya cerámica tiene una mejor demanda.

Ha sido posible definir once técnicas tradicionales de fabricación de cerámica, cada una limitada a cierta región geográfica del Ecuador. Todas ellas, menos el uso del torno, tienen, con toda probabilidad, raíces prehispánicas. Sin embargo, no se han hecho todavía intentos de definir las técnicas de fabricación de la cerámica prehispánica con el fin de comparar estas con las técnicas modernas de las mismas zonas geográficas y lograr, de esta manera, hacer una "historia tecnológica" para

la cerámica tradicional del Ecuador.

Las regiones que corresponden a una, a veces dos o más, técnicas de fabricación de cerámica, son ocho, y dentro de ellas existen más de 30 comunidades alfareras, especializadas.

En la Sierra Centro Sur, provincias del Azuay, sur de Cañar y norte de Loja, se encuentra la antigua técnica del "golpeado", de probables raíces en la cerámica cañari, en las comunidades de Jatumpamba (Olleros, Shorshán) en Cañar; Serrag, Las Nieves en Azuay; y, en Saraguro, Cera en Loja.

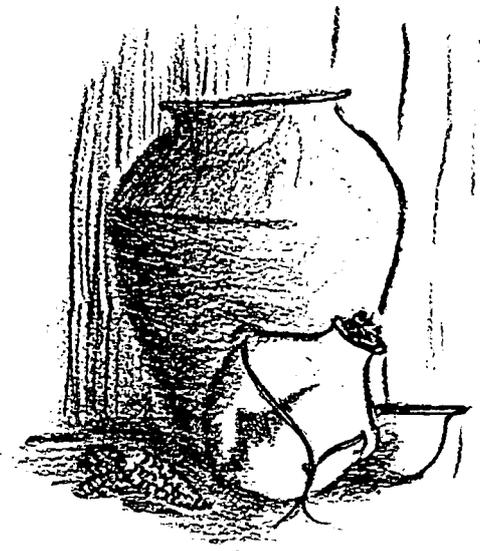
En Jatumpamba y Cera existe una producción considerable, con alrededor de cien alfareras en cada comunidad, mientras en los demás lugares, pocas mujeres mantienen una producción más bien marginal para un limitado mercado local.

Se fabrica cerámica utilitaria de formas tradicionales - la olla para cocinas de leña, el cántaro para agua, la cantarilla y la tinaja para almacenar granos o fermentar chicha, el "tiesto" para asar tortillas y pocas más. En el caso de Jatumpamba, especialmente,

se ha empezado una producción de macetas para responder a un mercado urbano.

Subsiste el trueque, cuando la alfarera sale a los campos a cambiar sus ollas por productos agrícolas. En Jatumpamba y Cera, la mayor parte de la producción se vende a los intermediarios, mientras en las demás comunidades, la cerámica se vende en las ferias locales.

Las materias primas -arcillas y arena como desgrasante- son locales y gratuitas, pero las mismas alfareras deben tomarse el trabajo de extraerlas y transportarlas. Se remojan y pisan



Tinaja cántaro y mulo

hasta formar la masa para trabajar. La técnica del golpeado tiene dos pasos. El primero varía según el lugar. La alfarera puede partir de un pedazo de arcilla del que “jala” el barro hacia arriba con las manos para formar un cilindro. En Jatumpamba, la alfarera misma va girando alrededor de la pieza, en Serrag y Cera se utiliza una piedra plana sobre la que se gira el pedazo de barro con la mano.

En Las Nieves y Saraguro se parte de una “tortilla” de barro que se forma sobre una piedra plana y se dobla hacia arriba para formar las paredes de la olla. Se la coloca en un “molde” - la parte superior de una olla rota - para que no pierda su forma redonda. La parte superior se añade con cordeles de arcilla si la pieza es grande. Este “molde” se utiliza también en Serrag y Cera.

Para formar el filo o la “boca” de la olla - “shiminchir” - se utiliza un pedazo de cuero o una hoja colocada en la mano mientras se gira la vasija.

En el segundo paso, se “saca la barriga” - “huigsanchir” - de la olla, del grueso cilindro de barro que queda en la parte inferior. La alfarera apoya

la olla sobre sus piernas extendidas y, girando la olla, golpea utilizando los “golpeadores” o “huactanas”, una convexa por dentro y otra plana o cóncava por fuera. Al final se alisa la superficie, borrando los huellas de los “golpeadores” - “llambur”.

En todas las comunidades, menos en Saraguro, se pintan las ollas con un engobe rojo antes de la quema. Se quema la cerámica al aire libre utilizando leña, ramas o bien boñiga seca. En Jatumpamba, el combustible se hace cada vez más escaso a causa de la deforestación. Aquí tampoco se precalientan las ollas, como en Cera por ejemplo, lo que hace que muchas de ellas se rompan por el calentamiento demasiado rápido.

El trabajo de la alfarera es físicamente arduo, la remuneración es poca y el prestigio social es bajo. Las mujeres jóvenes dejan la alfarería para buscar otras alternativas económicas.

En la parte occidental de la provincia del Azuay, cerca a Santa Isabel, se encuentra, en cambio, otra técnica antigua, en las comunidades de El Tablón y San Pedro. Aquí, pocas mujeres fabrican una sencilla cerámica utilitaria con una técnica de



Tornero, Chordeleg

modelado libre, partiendo de un pedazo de arcilla. Aquí también, se utilizan "moldes" - la parte superior de una olla rota - para apoyar las piezas durante la fabricación, cuando, sencillamente, se jala la arcilla hacia arriba para formar las paredes y se las alisa con ayuda de un pedazo de madera alargada.

La arcilla la traen las alfareras de yacimientos locales. Es arenosa y no necesita desgrasante. En cambio, se deben mezclar dos tipos de arcilla. Se la remoja y se la amasa con las manos para quitar las piedras e impurezas.

Las ollas y cazuelas - sencillas

sin pintura o bruñido - se queman al aire libre, cubriéndolas con ramas y boñiga seca. Antes de esto, se las precalienta sobre un fuego lento.

Las alfareras venden sus ollas en los mercados de la zona, en Pucará o en Santa Isabel.

La fabricación de cerámica torneada y vidriada, introducida en Ecuador por los españoles, es una tradición que se sigue, actualmente en la provincia del Azuay, en la ciudad de Cuenca, barrios de la Convención del 45 y El Tejar, y en Chordeleg.

En ambos lugares se trata de talleres familiares, en Cuenca también con empleados, que producen grandes cantidades de macetas, sobre todo, pero también cerámica utilitaria, para vender a los intermediarios que vienen a recoger la producción previo pedido. También cuando los alfareros viajan a la feria del jueves en Cuenca, la mayor parte de su cerámica la venden las "revendonas".

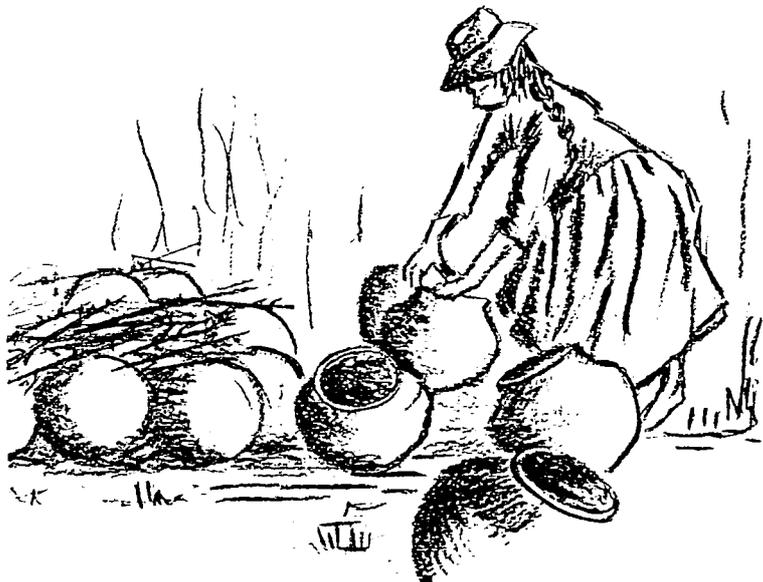
Estos alfareros tienen una buena demanda por su cerámica, pero deben compensar los bajos precios con largas jornadas de trabajo. Naturalmente, también, la "cantidad" se hace

más importante que la "calidad". Por otro lado, la compra de los materiales - arcillas, óxido de plomo, combustible - corresponde a una parte considerable de los ingresos de los alfareros. Lo que resta se necesita para el sustento de la mano de obra - la familia alfarera. Esto hace muy difícil lograr un ahorro, por ejemplo para invertir en maquinaria que podría aliviar las tareas más duras del trabajo.

En Chordeleg, que tiene alrededor de 30 talleres, la alfarería es una ocupación tradicional de las mismas familias, en algunos casos desde hace cuatro y cinco generaciones. Existe una historia milenaria de la

cerámica aquí, lo que nos cuentan abundantes restos de cerámica de la época cañari y de períodos anteriores. La cerámica utilitaria actual es una herencia de las formas mediterráneas, pero no faltan ciertas influencias prehispánicas. Encontramos una gran variedad de formas, siendo las más importantes la olla, el "tiesto", el "plato de ceja", la cazuela, la ponchera, la dulcera, la "shila"...

Durante los últimos 20 años, la maceta se ha venido produciendo en cada vez mayores cantidades, una producción destinada al mercado urbano. En Chordeleg se fabrica una proporción algo mayor de cerámica



Amontonando las ollas para la quema



Los diseños decorativos en la cerámica utilitaria tradicional se pinta con óxido de cobre. Chordeleg.

utilitaria, comparado con Cuenca, donde la maceta predomina de manera casi total, a pesar de existir cierta producción de objetos de adorno, como las alcancías, hechas en moldes de yeso de dos tapas.

En Cuenca, a diferencia de Chordeleg, a pesar de que la alfarería como ocupación tiene una larga tradición en la ciudad, la mayoría de los alfareros pertenecen a familias “nuevas” en la artesanía. Cuenca tiene alrededor de 15 talleres.

En Chordeleg algunos alfareros utilizan óxidos y fritas industriales para producir “obra fina” -macetas,

vajillas y objetos de adorno hechos con una pasta más blanca y con decoración multicolor, destinada esta producción a los almacenes de artesanías y el mercado turístico. Este es el caso también de los maestros de la línea “artística popular”, quienes hacen figuras y escenas costumbristas de mucha popularidad en los últimos años.

La arcilla plástica se remoja, mientras la arenosa es necesario reducirla a polvo con una pesada porra. Este “porreado” es una de las tareas más arduas de la alfarería. Pocos talleres tienen todavía un molino para esto. Mezclados, pisados y amasados los componentes de la masa, se forman las piezas en un torno de adobes, se pintan las piezas, en el caso de Chordeleg, con diseños geométricos o de hojas y flores con el óxido de cobre. En Cuenca se utilizan colores enteros, mezclando los óxidos directamente al barniz de plomo.

El óxido del plomo es necesario molerlo con agua, lo que se hace, asimismo, en un molino manual. Después de barnizar la cerámica, se la quema por segunda vez. En vez de la leña, hoy escasa y cara, la mayor parte de los alfareros utilizan como



Se empieza a moldear partiendo de un pedazo de arcilla, cuya parte inferior se la deja descansar sobre un molde: la parte superior de una olla vieja.

combustible viruta que consiguen a bajo costo en las carpinterías.

En la Sierra Sur, provincia de Loja, existen algunas comunidades - Potrerillos, Tocatoranga, Huacoras - donde pocas mujeres mayores siguen produciendo pequeñas cantidades de cerámica utilitaria con la técnica del acordelado.

La arcilla arenosa, de yacimientos locales, se amasa con las manos y se quita las impurezas. Sobre un "plato" de cerámica de tamaño según el objeto a fabricarse, la alfarera coloca una pequeña "tortilla" de

barro y sigue formando la pieza con cordeles. Adelgaza y alisa las paredes por fuera con un pedazo de madera alargado y por dentro con un trozo redondo de calabaza. La alfarera gira el "plato" sobre el que descansa la pieza con una mano, mientras la otra trabaja.

Se quema la cerámica al aire libre, utilizando pencos secos como combustible.

Las ollas, olletas y platos carecen de engobes o decoración, pero se las pule con una piedra para lograr una superficie lisa. Las alfareras llevan su cerámica al mercado más cercano - Gonzanamá, Catacocha, Cariamanga - para venderla el día de feria.

En la parte alta de la provincia de El Oro, existen unas pocas alfareras en la localidad de Tarapal, cerca de Piñas. Aquí se combina el uso de un "molde falso" con el acordelado y una especie de paleteado.

Sobre el "molde" - una olla vieja puesta bocabajo - se coloca una "tortilla" de barro para formar la parte inferior de la pieza. Se invierte esta parte y sobre ella se forma la parte

superior de la olla con cordeles. Se utiliza un pedazo de cuero grueso para alisar las paredes. La parte de arriba se golpea ligeramente con una espátula de madera para darle la forma redonda invertida de una olla. El filo se alisa con los dedos mojados. Durante el trabajo, la pieza se gira, de manera irregular, sobre una piedra plana.

Las arcillas son locales y es necesario mezclar dos o tres arcillas diferentes desmenuzándolas, después de secarlas, en un mortero de madera. Se añade agua y se amasa hasta obtener una pasta adecuada.



*Pre calentamiento de las ollas.
Ganarín. El Tablón*

La cerámica se pule con una piedra y se la quema en un rudimentario horno de barro cocido, siendo necesario un calentamiento muy lento para evitar que los objetos se tricen.

A más de las sencillas ollas, con o sin orejas, se fabrican unos pequeños cántaros, macetas y filtros para sacar lejía de la ceniza. Las alfareras venden su producción en la feria de Piñas o, a veces, trabajan por pedido de personas particulares.

En la Sierra Central, provincias de Chimborazo - Siguilán - y Bolívar - San José de Chimbo, se utiliza la técnica del "doble molde" para fabricar cerámica utilitaria tradicional, pundos o "puños" para agua y sobre todo "tiestos". Hoy también se fabrican macetas en la comunidad de Siguilán.

En Bolívar, la alfarería es una ocupación tradicional de la mujer, mientras en Chimborazo, como excepción cuando se trata de las tecnologías prehispánicas, los hombres son los alfareros.

En San José de Chimbo, las dos familias alfareras que siguen trabajando, producen lo que se considera

los mejores “tiestos” del país, los que se venden a intermediarios, principalmente, quienes los revenden en la Costa y en la Región Amazónica. Se fabrican, también, unas pocas ollas y pundos. La alfarera, sentada en el suelo ante una tabla de madera, parte de una “tortilla” de barro. Esta se forma sobre una piedra plana con una piedra de mano, proceso que se llama “pataquir”. Este “pataque” se coloca en un “molde” - un tiesto viejo sin filo - y esta, a su vez, encima de otro “molde” que facilita la rotación. Con una mano se gira este molde inferior, mientras la otra forma de arcilla con ayuda de un tiesto de cerámica de forma alargada. Para alisar el filo, se utilizan hojas de eucalipto. Si se quiere hacer una olla o pondo, la parte superior se añade con cordeles de arcilla que se unen con los dedos y se alisan con el tiesto.

Los “tiestos” se pintan con engobe rojo y se bruñen con una piedra de río hasta lograr una superficie lisa y agradable. Se quema la cerámica, después de precalentarla, al aire libre, utilizando ramas y paja de trigo.

En Siguilán, Chimborazo, la producción se ha orientado hacia un

mercado urbano, adaptándose los antiguos pundos y “puños” (con dos orejas) para macetas de fondo plano. A diferencia del “tiesto”, difícilmente reemplazable con otros materiales, estas formas han perdido su uso original con los baldes de plástico y recipientes de aluminio.

Los alrededor de 15 alfareros de la comunidad trabajan por pedido a intermediarios de Quito y Riobamba y la demanda por su cerámica es muy buena.

Se utiliza la misma técnica básica, siendo el “molde” de las macetas cónico, con la diferencia de que el alfarero, sentado en el piso, puede girar el molde de rotación con el dedo gordo del pie derecho y, de esta manera, trabajar con ambas manos. Partiendo del “pataque”, la parte superior de las piezas se forma de gruesos cordeles de arcilla que se unen y alisan con los dedos y con el tiesto alargado. También la cerámica de Siguilán es pintada con engobe rojo y cuidadosamente bruñida, lo que le da su aspecto particularmente estético.

La quema se hace al aire libre, utilizando ramas y tapando la pira



Alfarero de Siguilán, Chimborazo gira el molde con el pie derecho

con paja. Para proteger la quema del viento, se la hace, tradicionalmente, dentro de un "cuarto" excavado en la ladera de la montaña. Algunos alfareros han reemplazado este con una estructura moderna de bloques de cemento.

Tanto en Chimbo como en Siguilán, los alfareros deben pagar para sacar la materia prima - arcillas arenosas que normalmente no necesitan desgrasante, de yacimientos locales.

En las comundidades de Mologú y Andinig, Chimborazo, los hombres fabrican, con la misma técnica, ties-

tos, que sus esposas venden en la feria de Riobamba. Estos son muy sencillos, sin engobe ni bruñido.

En Cotopaxi, la parroquia de La Victoria es el lugar más importante de producción alfarera. En el "centro", en El Tejar, El Paraíso y El Calvario, existen alrededor de 80 talleres, sin contar las muchas tejerías que se han ido creando durante los últimos años.

Aquí se utiliza una técnica que combina el molde con el torno, el último utilizado como "tabla de alfarero" para girar el molde, no para un torneado verdadero. Antes de la introducción del torno se utilizaba la técnica del "doble molde" en combinación con un poste de madera alrededor del que el alfarero giraba para formar, con cordeles, la parte superior de la olla.

Aquí, también, el punto de partida es el "pataque", formado sobre una piedra plana en el piso del taller. Cuando una pareja de alfareros trabajan juntos, esta es normalmente tarea de la mujer, lo que no impide que las mujeres también trabajen en el torno, considerándose, en La Victoria, la alfarería una ocupación

tradicional tanto de hombres como de mujeres.

Esta plancha de arcilla se coloca sobre un molde puesto boca abajo en el caso de macetas u ollas y dentro de un molde para piezas extendidas como platos o cazuelas. Girando el molde sobre el torno, se apasta el barro dentro del molde con la ayuda de un tiesto alargado - "pushana". Tratándose de macetas u ollas, esta "montara" se saca del molde y se deja endurecer lo suficiente para, puesta boca arriba sobre el torno, formar con acordelado con ayuda de la "pushana" la parte superior.

Se utiliza el barniz a base de óxido de plomo y óxidos de cobre, hierro y manganeso para darle color al barniz, entero o con efecto de "manchado". Los alfareros de La Victoria funde el plomo en barras, el que tiene mejor calidad que el plomo de baterías, a pesar de que el proceso de fundición da un humo muy tóxico. Para moler el óxido del plomo, los talleres cuentan con molinos a motor, lo que les alivia de esta tarea. Es necesario comprar toda la materia prima y la viruta y hojas de eucalipto que se utiliza para combustible. La arcilla se trae de los alrededores de

Pujilí. Es arenosa y no tan dura como las arcillas del Azuay, por lo que el desmenuzado es más fácil de hacer.

Se quema la cerámica en hornos cerrados, al parecer tradicionales de la región, hechos de cangahua o ladrillo.

Quedan algunas formas utilitarias que recuerdan las de Chordeleg o Cuenca y otra de herencia prehispánica, como los pundos o grandes "tinacos" que todavía fabrican excepcionalmente, las mujeres de la comuna indígena de El Calvario. Estos se hacen, partiendo del "pataque" colocado en un pequeño "molde base" cónico, con la técnica del acordelado.

La maceta es sin duda, actualmente el artículo de más venta de la Victoria. Se las venden a intermediarios de Quito, sobre todo, quienes las llevan en grandes cantidades, previo pedido, para revenderlas en los mercados de Quito, pero también en los de Ambato, Riobamba, Latacunga y hasta en Ibarra y Otavalo.

Una circunstancia particular de La Victoria es la "cadena de manos"

por la que pasan las macetas. Sobre todo en El Calvario, los alfareros no terminan su cerámica sino que trabajan por contrato con talleres grandes en el centro de La Victoria y El Tejar para entregarles su macetas en crudo. Estos talleres las barnizan y queman las macetas para venderlas a los intermediarios, quienes, a su vez, las venden a los detallistas de los mercados.

La generación joven de la parroquia de La Victoria se dedica, cada vez más, a la fabricación de tejas, de las que existe muy buena demanda. La tejería es un trabajo físicamente más duro, pero requiere de menos habilidad y tiempo de aprendizaje que la alfarería.

La técnica de fabricación de cerámica de La Victoria, se encuentra también introducida de este lugar, en Guayllabamba, Chimborazo y en Otavalo.

En Cotacollao, Quito, existe una pequeña producción con esta misma técnica al parecer, autóctona también aquí.

En Calpaquí, Otavalo, se fabrican “tiestos” con la técnica antigua

de La Victoria, es decir en molde con la ayuda de un poste de madera.

En Pujilí, y El Tejar de Saquisilí, Cotopaxi, las formas de la cerámica utilitaria -ollas, ponedos, “tiestos” - son parecidas a las de El Calvario, pero la técnica tradicional es otra - se utiliza un molde de dos tapas hecho de cerámica.

Dentro de cada mitad del molde se aplasta una parte del “pataque”. Se unen las mitades y, después de un rato, se puede sacar el molde para pulir la unión vertical entre las partes de la pieza.

Esta cerámica es muy sencilla, sin engobes o bruñido. Las alfareras de El Tejar de Saquisilí la venden en la feria semanal de Saquisilí.

En Pujilí, este tipo de producción ya no se encuentra hoy. Con la misma técnica se fabrican, desde hace algunos decenios, las alcancías en forma de animales, que se venden, sobre todo, en las fiestas de las poblaciones de la Costa. Durante los últimos años se viene creando una línea “artística popular” con las conocidas figuras, casas y cuadros, destinados a un mercado turístico.

Estos objetos se los hace con moldes combinado con el modelado. Se los quema en un horno rudimentario de ladrillos y se los pinta en frío con esmaltes de colores vistosos.

En la Sierra Norte, provincia de Imbabura, a más de los sitios ya mencionados, hay algunas comunidades -Peguiche, Tunibamba-Alambuela, La Rinconada- donde las mujeres, tradicionalmente, producen cerámica utilitaria con una combinación de “molde falso” y acordelado.

Quedan ya pocas mujeres alfareras aquí y las formas más importantes -el pondo y el “tiesto”- han perdido, en gran parte, su utilidad con los cambios en las costumbres



Se añade la parte superior con un cordel de arcilla. La Victoria, Cotopaxi

alimentarias y con los nuevos materiales. Estas vasijas son las mismas en todas las comunidades, con ligeras variantes locales en la forma. Carecen de engobes o decoración y se las alisa, apenas, con una piedra redonda.

Se vende esta cerámica en las ferias de Otavalo, Cotacachi e Ibarra, directamente de parte de la alfarera, o por medio de intermediarios. Las alfareras se dedican también al trueque por productos agrícolas.

Las arcillas se encuentran localmente en cada comunidad y las extraen las mismas alfareras. Es necesario mezclar dos o más arcillas de distintas cualidades, en proporciones que le indica la experiencia de la alfarera. Se seca y desmenuza la arcilla, se la remoja y amasa, mezclando los diferentes componentes para obtener la masa para trabajar.

La alfarera parte de la misma “tortilla” de barro, formada sobre una piedra plana. Esta la coloca sobre un viejo pondo puesto boca abajo, obteniendo, de esta manera, la parte inferior del pondo nuevo. Cuando haya endurecido lo suficiente, se invierte esta parte, apoyándola en un “tacín” -un aro de trapos- o en la boca

de una olla vieja, para que no pierda su forma cónica. Se sigue formando la parte superior con cordeles de arcilla, utilizando los dedos y un pedazo de cuero grueso para unir los cordeles y adelgazar las paredes. Un pondo pequeño, la alfarera lo gira sobre una piedra; si es grande, ella misma va girando alrededor de su trabajo. Es necesario trabajar por intervalos, esperando a que la pared se endurezca lo suficiente para soportar nuevos rollos de arcilla. Un pondo grande puede demorar dos o tres semanas en terminarse. El filo se forma y alisa utilizando hojas del "lechero".

Se quema la cerámica al aire libre, tapándola totalmente con ramas, leña, hojas de penco secas y, exteriormente, con diferentes tipos de paja. Se puede alimentar el fuego durante la quema, metiendo más combustible en la parte baja de la pira.

En la Costa Centro Sur, provincias del Guayas: Buena Fuente, Las Piñas y en Manabí: Sosote, San Isidro, las mujeres mayores producen cerámica utilitaria con una técnica en dos pasos - modelado libre o "jalado" y "raspado".

El primer paso varía según el

lugar. En La Piñas y Sosote, las alfareras trabajan sobre una tabla de madera donde hacen girar, con regularidad y gran rapidez, un pedazo de arcilla, mojando la tabla con agua. Con la mano libre jalan el barro hacia arriba para formar las paredes. El filo se alisa con los dedos. De esta manera se puede hacer ollas de considerable tamaño.

En Buena Fuente y San Isidro, en cambio, el primer paso es menos desarrollado en sentido técnico y se parece, más bien a un sencillo modelado libre, donde la arcilla se gira, de manera irregular e interrumpida sobre una tabla o el piso mientras se forma la pieza.

Cuando hayan endurecido lo



"Jalado" de una olla. La piñas. Guayas

suficiente, al día siguiente normalmente, a las ollas se les hace “plan” - se les quita el “pie” de arcilla sobre el que han girado en la tabla. Luego, la alfarera las “raspa” con una “cuchara de mate” para adelgazar y alisar las paredes. En Las Piñas y Sosote, las mujeres tienen varias “cucharas” de forma diferente para trabajar por dentro y por fuera de la olla y según los ángulos que tenga y se las “raspa” varias veces hasta perfeccionarlas. En Buena Fuente, las “cucharas” han sido reemplazadas por tapas de lata.

En Las Piñas se pinta la cerámica con engobe rojo mientras en los demás lugares se la deja con su color natural. En todos los casos, las piezas se bruñen cuidadosamente con una piedra del río.

La cerámica se quema al aire libre, cubriéndola con ramas y boñiga seca. En Buena Fuente se hace un hoyo en el suelo para proteger la quema del viento.

En Sosote, las alfareras deben comprar tanto la arcilla como el combustible, mientras en los otros sitios estos se consiguen gratuitamente. La arcilla es necesario secarla, desmenuzarla, remojarla y ama-

sarla. En algunos casos, se le añade arena de río como desgrasante, pero, en cambio, no se mezclan diferentes tipos de arcilla.

Las Piñas y Sosote tienen una producción de alguna importancia con alrededor de 10 a 20 alfareras, respectivamente. En Buena Fuente y San Isidro ya trabajan muy pocas mujeres mayores.

Las formas son, básicamente, las mismas en toda la zona: la olla sencilla para fogones de leña, el cántaro para agua, el brasero para quemar “palo santo” en épocas de lluvia, el “tiesto” o cazuela -en Sosote también llamado “comal”- para tostar café o maíz.

Se vende la cerámica localmente o en las ferias más próximas. En las Piñas y Sosote, se trabaja por pedido a intermediarios que revenden las ollas en Daule o en Portoviejo, Jipijapa y Manta.

En Samborondón, originalmente parte de esta misma tradición tecnológica, se trabaja, hoy en día en torno, el que se introdujo aquí desde Cuenca hace unos 70 años. Se ha conservado, sin embargo, algunas de

las formas, como el brasero y el cántaro y la decoración con engobe y bruñido en vez de vidriado. Actualmente, los cinco talleres de Samborondón fabrican macetas por pedido a revendedores de los mercados de Guayaquil o para viveros y floristerías de la misma ciudad.

El caso de La Pila, Manabí, es especial. Aquí, la tradición de cerámica tiene apenas entre 30 ó 40 años y no se trabaja cerámica utilitaria sino exclusivamente figuras -réplicas de figuras prehistóricas de varias culturas- y, en los últimos años, figuras y escenas "folklóricas".

Originalmente se hacían las figuras con moldes antiguos encontrados en la "huaquería". Actualmente, la técnica más común es un modelado libre a base de planchas de arcilla que se doblan para obtener las formas de la figura. Los moldes se utilizan más para las caras y los fabrican los ceramistas mismos, a veces partiendo de un original antiguo.

Las figuras de tipo prehispánico se fabrican en diferentes calidades. Existe una élite de maestros quienes trabajan piezas de excelente acabado técnico y estético. Ellos venden,

normalmente, su producción directamente a almacenes de artesanías en Quito, y, en alguna parte en Guayaquil, o a un intermediario, extranjero muchas veces, para la exportación.

Cada uno de estos ceramistas son especialistas en una o dos culturas y guarda celosamente el secreto profesional de cómo "acabarlos", es decir darles el color, la superficie y textura correcta, correspondiente a su pertenencia histórica y antigüedad. A pesar de que todavía puede suceder, hoy es poco frecuente casos donde se vendan las figuras como "antiguas".

La mayor parte de los alrededor de 30 talleres de La Pila, trabajan figuras de menos calidad y venden la mayor parte a los intermediarios locales quienes son los que viajan a Quito y Guayaquil para ofrecerlas a los almacenes o, directamente, en la calle.

Algunos ceramistas trabajan las figuras y escenas costumbristas, populares por su sentido del humor, y reproducen situaciones de la vida manabita.

Las arcillas, de los alrededores de Jipijapa, y la leña para com-

bustible, es necesario comprarla. Los ingresos de los ceramistas varían mucho, obteniendo buenos precios los maestros especialistas, mientras los que hacen figuras de calidad menos notable, dejan su producción a los intermediarios a bajos precios. En todo caso, la cerámica se ha constituido, en La Pila en una alternativa económica importante en una región que, por las frecuentes sequías, es difícil para la producción agrícola.

En la Región Amazónica, provincia de Pastaza, ha sido, tradicionalmente, parte de las habilidades que debe poseer cada ama de casa, el saber fabricar las tinajas y platos para preparar y consumir la chicha de yuca, y las ollas y platos para la



*Terminada la quema de pundos
Peguche. Imbabura*

cocina. Sólo en los últimos años, estos objetos se han empezado a comercializar, siendo altamente cotizados en el mercado turístico por su perfección técnica y estética. En este nuevo, contexto, donde la venta de la cerámica empieza a constituir una fuente de ingresos para la mujer de Pastaza, la comunidad más conocida por su producción alfarera es la de Sarayacu.

La arcilla se trae de yacimientos locales, siendo menos arenosa la que se usa para las mucahuas que la de las ollas o tinajas. Se puede utilizar una ceniza del árbol “apacharana” como desgrasante.

Las piezas se forman con la técnica del acordelado, siendo particular de la región el uso de engobes y resinas naturales para la decoración y el acabado.

La alfarera trabaja sobre una tabla de madera, construyendo la pieza con cordeles sobre una base plana de arcilla. Se juntan los cordeles con los dedos y se adelgazan y alisan las paredes con un pedazo de calabaza “huihuishcu”. El borde se iguala con las uñas para seguir añadiendo cordeles. Si la pieza es grande, hay

que esperar que la delgada pared se endurezca lo suficiente para seguir poniendo más rollos de arcilla. Se alisa el filo con una hoja de maíz, “sarapanga”. Se sigue alisando y perfeccionando la mucahua a medida que se endurece.

Al segundo día se pinta la mucahua de color entero. El más popular es el rojo o, también, rojo por fuera y blanco por dentro o viceversa. Después de otros tres días se bruñe la mucahua con una piedra lisa del río. Se pintan los diseños geométricos de líneas finas, los que consisten en animales silvestres estilizados, con engobe rojo, blanco y negro. Para esto, se utilizan pinceles hechos del propio pelo y es un trabajo de mucha precisión que sólo las mujeres jóvenes pueden hacer.

Se queman las mucahuas una a una dentro de una olla vieja sin fondo. Se la precalienta a fuego lento para luego cubrirla de ceniza caliente, avivando el fuego debajo de la olla. Para quemar una tinaja se le apoya entre tres tinajas viejas sobre el fuego. Se cubre todo con leña.

A la mucahua, todavía caliente, se le aplica “shilquillu” la resina del

árbol del mismo nombre, que la impermeabiliza y da brillo. Para impermeabilizar las tinajas, se les aplica, por dentro, una cera de abejas silvestres, “pungara”.

En Pastaza sobrevive la única cerámica ceremonial del Ecuador en los animales y figuras fantásticas o mitológicas que se fabrican para tomar chicha en las fiestas comunales. La tradición manda romper estas vasijas después de la fiesta pero ahora se les guarda muchas veces para venderlas.

Si la cerámica de Pastaza es una tradición viva, en la de Morona-Santiago ya prácticamente se perdió, reemplazada la cerámica utilitaria con el plástico y el aluminio. Las formas aquí son las mismas, pero las mucahuas y tinajas carecen de la decoración de engobes y resinas. Se las pinta, simplemente, con achiote después de la quema.

En la provincia de Napo, al norte, la cerámica utilitaria, idéntica a la de Pastaza, que ya no se fabricaba para uso doméstico, ha experimentado un “renacimiento” en las zonas turísticas, donde se la fabrica exclusivamente para la venta a los turistas.